

La educación de la interioridad: convergencias entre Karol Wojtyla y Fernando Rielo

**The education of the inner self:
common ground between Karol Wojtyla
and Fernando Rielo**

ELENA PECES GÓMEZ

*Diplomada en fisioterapia y licenciada en
ciencias humanas y religiosas*

Profesora de Religión

Doctoranda en Universidad Pontificia de Salamanca

elepeces@hotmail.com

Recibido: 4-06-2026

Aceptado: 31-07-2026

<https://doi.org/10.36576/2660-9525.64.39>



RESUMEN

La educación de la interioridad constituye una dimensión decisiva de la formación integral de la persona, especialmente en un contexto cultural marcado por la exterioridad, la fragmentación y la pérdida de sentido. El objetivo de este artículo es analizar las aportaciones de Karol Wojtyla-Juan Pablo II y Fernando Rielo a la comprensión y educación de la vida interior, identificando sus principales convergencias antropológicas, éticas y pedagógicas. El estudio adopta un enfoque teórico-comparativo, basado en el análisis de un corpus de obras primarias de ambos autores y de literatura secundaria reciente sobre personalismo, antropología mística y educación. El procedimiento metodológico consiste en delimitar las categorías centrales de cada propuesta – interioridad, libertad, verdad, amor, virtud, éxtasis, responsabilidad y trascendencia– y confrontarlas para establecer coincidencias, matices y aportaciones específicas. Los resultados muestran que ambos autores conciben la interioridad como un espacio dinámico de encuentro con Dios, de autoconocimiento y de apertura relacional, no como repliegue intimista. Asimismo, coinciden en que la educación de la interioridad exige orientar las energías afectivas, la libertad y la acción hacia el bien, la verdad y el amor, mediante la virtud y la donación de sí. Se concluye que las propuestas de Wojtyla y Rielo ofrecen un fundamento sólido para una pedagogía de la interioridad centrada en la unidad personal, la trascendencia, la maduración afectiva y el compromiso con los demás.

Palabras clave: compromiso, educación, encuentro, interioridad, relación.

ABSTRACT

The education of interiority is a decisive dimension of the integral formation of the person, especially in a cultural context marked by exteriority, fragmentation and the weakening of meaning. The aim of this article is to examine the contributions of Karol Wojtyla-John Paul II and Fernando Rielo to the understanding and education of inner life, identifying their main anthropological, ethical and pedagogical convergences. The study follows a theoretical-comparative approach, based on the analysis of a corpus of primary works by both authors and recent secondary literature on personalism, mystical anthropology and education. The methodological procedure consists of defining the central categories of each proposal –interiority, freedom, truth, love, virtue, ecstasy, responsibility and transcendence– and comparing them in order to establish shared assumptions, distinctive nuances and specific contributions. The results show that both authors conceive interiority as a dynamic space of encounter with God, self-knowledge and relational openness, rather than as an introspective withdrawal. They also agree that educating interiority requires guiding affective energies, freedom and action towards the good, truth and love through virtue and self-giving. This comparison clarifies the formative value of interior life for contemporary educational practice today. The article concludes

that Wojtyla's and Rielo's proposals provide a solid foundation for a pedagogy of interiority centred on personal unity, transcendence, affective maturation and commitment to others.

Keywords: commitment, education, encounter, inner life, relationship.

1. INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

1.1. Introducción

La educación de la interioridad se presenta hoy como una cuestión nuclear para la formación integral de la persona, porque permite articular autoconocimiento, libertad, sentido, apertura a la trascendencia y compromiso con los demás. En el marco de este trabajo, la interioridad no se entiende como repliegue subjetivista ni como simple introspección psicológica, sino como el ámbito personal en el que se integran conciencia, afectividad, libertad, acción y relación con Dios. Desde esta perspectiva, el estudio pone en diálogo las propuestas de Karol Wojtyla-Juan Pablo II y Fernando Rielo, dos autores que, desde tradiciones conceptuales distintas, coinciden en situar el amor, la virtud, la apertura al Absoluto y la donación de sí en el centro del crecimiento humano.

1.2. Objetivos

El objetivo general del artículo es analizar las aportaciones de Wojtyla-Juan Pablo II y Rielo a la educación de la interioridad, con el fin de identificar sus convergencias antropológicas, éticas y pedagógicas. De este objetivo general se derivan tres objetivos específicos: primero, exponer cómo cada autor comprende la interioridad y su educabilidad; segundo, precisar el papel de la libertad, la verdad, el amor, la virtud y la trascendencia en la maduración de la vida interior; y tercero, establecer los puntos de convergencia que permiten fundamentar una propuesta educativa orientada a la unidad personal, la maduración afectiva, la apertura a Dios y el servicio al bien común.

1.3. Metodología

El trabajo adopta un enfoque teórico-comparativo. El corpus analizado está formado por obras primarias de Karol Wojtyla-Juan Pablo II –especialmente *Persona y acción*, *Mi visión del hombre*, *Amor y responsabilidad*, *El hombre y su destino* y las catequesis sobre el amor humano– y por obras de Fernando Rielo vinculadas a su antropología mística y a su pedagogía del éxtasis, entre ellas *Concepción mística de la antropología* y *Consciencia, neurosis y terapia*. Se incorpora, además, literatura secundaria reciente que permite contextualizar y precisar las categorías interpretativas de ambos autores. El criterio de selección responde a la pertinencia directa de las obras para el estudio de la interioridad, la educabilidad, la libertad, el amor, la virtud, la acción humana, la trascendencia y la relación con el Absoluto.

El procedimiento de comparación se desarrolla en tres fases. En primer lugar, se identifican las categorías fundamentales de cada propuesta y su función dentro de la antropología de cada autor. En segundo lugar, se analizan las implicaciones educativas de dichas categorías, atendiendo al modo en que orientan la formación de la afectividad, la libertad y la acción. En tercer lugar, se confrontan sistemáticamente las aportaciones de ambos autores para determinar convergencias, diferencias de formulación y posibles aplicaciones a una educación de la interioridad centrada en el amor, la virtud, la unidad interior y la apertura trascendente.

2. APORTACIONES DE KAROL WOJTYLA Y JUAN PABLO II PARA LA EDUCACIÓN DE LA INTERIORIDAD

2.1. Valor y experiencia de la interioridad

El ser humano tiene experiencia del mundo exterior, de sus interacciones con él, de sus actos, pero al mismo tiempo tiene también experiencia de lo que sucede dentro de él y de cómo se vive a sí mismo en esas interacciones y vivencias (Wojtyla, 2017).

A diferencia de los animales y de los objetos inanimados, la persona posee vida interior, interioridad, configurada según Wojtyla por la espiritualidad y por las funciones psíquicas.

Por medio de la interioridad y de la vida espiritual el ser humano se comunica y entra en relación con el mundo, con los demás seres y con Dios, formando parte del mundo exterior del modo que le es propio (Wojtyla, 2023).

Según este autor, la vivencia plena de la *vida exterior* requiere del adentramiento en uno mismo.

Al hablar de interioridad, Wojtyla, no lo hace oponiéndolo al concepto de exterioridad, sino que manifiesta la correlación entre ambas: la persona se manifiesta a sí misma exteriormente, aun cuando sus acciones tengan todos los rasgos de la interioridad. Toda acción externa de algún modo sigue siendo interior para el sujeto que la realiza (Wojtyla, 2017).

Es desde la vivencia auténtica de la interioridad como la persona se introduce verdaderamente en el mundo, participa y se comunica con él.

2.2. Hacia una educación de la interioridad

2.2.1. Educabilidad del ser humano

Wojtyla sostiene que la estructura dinámica de la interioridad humana educable está compuesta por cuatro elementos del ser personal: la conciencia, la libertad, la verdad y la responsabilidad, que se vinculan en la acción.

El ser humano está dotado de estructuras dinámicas de autoposesión y autogobierno, gracias a las cuales puede gobernarse, condición necesaria para donarse a otro. Por último, cuenta con una estructura bien precisa de autoperfeccionamiento, esto es, la aspiración a la perfección de uno mismo que se encuentra en la raíz de todo acto humano.

El fin de la educación, según Wojtyla, es el desarrollo integral de todas las dimensiones de la persona, lo que él denomina autorrealización, y que implica llevar a plenitud la estructura dinámica de la interioridad humana, a través de actos orientados al bien, la verdad y el amor (Wojtyla, 2017).

Así expresa como el ser humano, en su libertad, puede llevar adelante o no su proceso de autorrealización:

“mira aquí un acto con el que debes cumplir. Debes, aunque no tienes por qué. Puedes no realizarlo. Puedes no cumplir con aquello con lo que deberías cumplir. Cumplir o no sólo depende de ti. Sólo de ti depende si, haciendo lo que

debes hacer, tú mismo te vas a realizar o perderás la oportunidad de autorrealización. A ti te ésta prescrita la autorrealización, y sólo tú mismo eres su autor. De ti mismo dependes, a ti mismo te dominas, a ti mismo te posees”. (Wojtyla 1997, p. 131).

El término de autorrealización empleado por Wojtyla no tiene tintes de autorreferencialidad, es más, la autorrealización va siempre ligada a los demás, y se desarrolla actuando junto a los otros (Panasiak, 2024).

Así, la persona se realiza a través de sus actos, al mismo tiempo que estos actos están revelando a la persona, su interior (Wojtyla, 2017).

Por un lado, nuestras acciones generan cambios en el mundo exterior, pero a la vez podemos constatar experiencialmente que esas mismas acciones nos modifican también interiormente, pues cuando actuamos algo sucede en nuestro interior.

De este modo, cada acto humano nos configura interiormente, nos ennoblece o nos envilece, liberándonos interiormente y abriéndonos a la realidad o esclavizándonos y cerrándonos a ella. Por tanto, al elegir una acción nos elegimos también a nosotros, porque elegimos nuestra realización, o nuestra no- realización.

Es por esto que la autorrealización hace a la persona responsable de sus actos y la sitúa en **contacto directo con la moralidad** (Peralta, 2024).

En la obra *Mi visión del hombre*, Wojtyla plantea esta pregunta: “¿existe un espejo en que pudiera desvelarse para mí, mi *mundo*, mi *yo*?” (Wojtyla 1997, p. 130), y responde afirmativamente: hay una ventana a través de la cual se accede al mundo interior, y esta ventana son las acciones. De ahí la necesidad de enseñar a leer los propios actos, para que la visión sea más transparente.

Si por un lado los actos desvelan nuestro interior, por otro nos acercan o nos alejan del perfeccionamiento humano. En la medida en que la persona elige el bien, la verdad y el amor, y se autorrealiza se forja una interioridad equilibrada y madura, más libre de las tendencias desordenadas y egoístas.

Wojtyla concibe, por tanto, a la persona, como sujeto perfectible y educable, asentando la base de su educación y perfectibilidad en la educación para el amor, cuya esencia, clave para la realización personal, es el don de sí, posible en virtud de la *ley del don*, inscrita en lo profundo de la estructura dinámica de la persona (Wojtyla, 1998).

Su concepto de amor es dinámico y expansivo, “es uno de esos procesos del universo que producen la síntesis, unen lo que está separado, y amplían y enriquecen lo que es angosto y limitado” (Wojtyla, 2021, p. 10).

Así lo expresan estos versos:

No, cuando el amor te inunda, no te cansas:
es un lampo de entusiasmo, grato, de superficie.

Si se seca, ¿sientes el vacío?

De un corazón a otro hay siempre un espacio.

Tienes que penetrarlo lentamente,
hasta que los ojos vean el color,
que el oído capte el ritmo.

Ama, pues, llega hasta el fondo, descubre tu voluntad,
y acabarán las fugas del corazón,
el duro control del pensamiento (Wojtyla, 2021, p. 61).

Por consiguiente, la vivencia del amor conduce al ser humano más allá de sus *límites y fronteras*, pues tiende a la comunión de personas en el bien generando una experiencia extática, esto es la salida de sí, a través del don de uno mismo, para encontrar en otro un acrecimiento del ser (Wojtyla, 2023, p. 155).

Por una parte, el amor empuja al compromiso con la verdad y a la responsabilidad, y al mismo llena los actos de *contenido* y de *peso*. Además, se haya en estrecho vínculo con la libertad, pues se es más libre en función del amor que se vive en cada acción.

Además, requiere de la creatividad, pues se encuentra siempre en un estado de continua formación: “el amor nunca es, ha de ir elaborándose de acuerdo con lo que aporta la persona y la profundidad de su compromiso” (Wojtyla, 2023, p. 171).

En definitiva, la educabilidad del ser humano ha de orientarse a que aprenda a discernir, elegir y actuar conforme a la verdad, al bien y al amor, puesto que es el medio para que adquiriera una interioridad madura, se desarrolle integralmente y se realice en plenitud.

2.2.2. Aportaciones a la educación de la interioridad

Ciertamente el ser humano no es responsable de lo que siente en su interior: deseos, impulsos, tendencias, sentimientos y emociones, pero sí del modo en que reacciona y actúa frente a todo este mundo emotivo y sentimental, que, si bien escapa a su dominio, no por ello está privado de racionalidad (Hermkes, 2025). De ahí la necesidad de una adecuada educación de la interioridad.

Frente a distintas tendencias contrapuestas, la de los románticos, que otorgan la primacía y las riendas de la vida a los sentimientos y emociones, y la de los estoicos cuyo fin es ignorarlos, Wojtyła propone aprender a hacer el mejor uso posible de la energía emotiva, pues oportunamente asimilada favorece la energía de la voluntad misma (Wojtyła, 2017).

Además, se requiere gobernar y dar unidad a estos impulsos y dinamismos interiores. Se trata de integrar, lo somático y lo emotivo en la unidad de su ser y acción personal, de modo que se consiga una unidad nueva y superior, no en sus propios niveles (somático y psíquico), sino a nivel de la persona. Es lo que Wojtyła denomina integrar la persona y la acción.

Este proceso de integración de la persona y la acción, que halla su raíz en la naturaleza espiritual del ser humano, se lleva a cabo mediante las virtudes, denominadas también por él habilidades o destrezas, y tiene como *efecto* alcanzar una “profunda y madura espontaneidad del corazón” (Juan Pablo II, 2010, p. 285). Se favorece así la educación y el ejercicio de la libertad en relación a la verdad (Posse, 2020)

De este modo el aprendizaje de la virtud es clave y contribuye ampliamente en la formación y cultivo de la interioridad. Su adquisición precisa de un trabajo personal, para que los valores espirituales se hagan más fuerte que los materiales (Wojtyła, 1997).

Se requiere entonces de un esfuerzo ascético, para acceder a estos valores espirituales y vivirlos y experienciarlos en plenitud (Martínez-Jurado, 2023).

Educar en la virtud es ayudar a comprender, interpretar y encauzar los propios impulsos, instintos, deseos y sentimientos, integrándolos y elevándolos, mediante el ejercicio ascético, al nivel de la persona.

La persona virtuosa percibe, espontáneamente, la norma personalista: “*la persona es un bien tal que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada y válida*”

respecto de ella” (Wojtyla, 2023, p. 51), y adquiere la libertad interior necesaria para hacer de la propia vida un don.

3. APORTACIONES DE FERNANDO RIELO PARA LA EDUCACIÓN DE LA INTERIORIDAD

3.1. Valor y experiencia de la interioridad en Fernando Rielo

La visión antropológica de Fernando Rielo nos aporta un concepto de persona que se entiende y se define desde la apertura a la trascendencia: la persona es “un ser finito abierto, consciencialmente, al Infinito” (Rielo, 2012, p. 57), al Sujeto Absoluto, que estructura y constituye nuestra interioridad.

Además, frente a tantas visiones reductivas de la persona, Rielo nos ofrece una visión integral de la misma: es una unidad constituida por cuerpo, alma y espíritu. Esto es, un *espíritu psicosomatizado* (Rielo, 2012).

El Absoluto crea el espíritu e infunde en él su Divina Presencia, dotándolo, además de un patrimonio genético: receptores (creencia, expectativa y amor), atributos (verdad, bondad, belleza), leyes (inmanencia, trascendencia y perfectibilidad) y virtudes, que constituye el contenido de la interioridad, denominada por Rielo, *intimidad constitutiva* (Rielo, 2025).

Su concepción del ser humano es la de un ser esencialmente unitivo y relacional, poseedor de una interioridad *mística*, pues se haya habitado por el Absoluto y unido a Él. Es justamente esta Divina halla del Absoluto en nuestra interioridad, lo que define y además potencia a la persona, capacitándonos para comunicarnos y relacionarnos consciencialmente.

La vocación del ser humano consiste en incrementar esta unión, que es la vivencia más profunda que podemos tener, y que se haya en el origen de toda experiencia humana (Rielo, 2025). La unión se incrementa en la medida en que este responde positivamente a la inspiración del Sujeto Absoluto que siempre se haya en conexión con la mejor forma de unidad y el mayor amor, en relación a nuestra propia vida, a las relaciones con los demás y con Él.

La respuesta positiva a su inspiración deja un toque en nuestro espíritu de paz, libertad, alegría y felicidad, que tiene como efecto un crecimiento de nuestro mundo interior, que se visibiliza en la relación con los demás y con el mundo.

Cuando, por el contrario, el ser humano, en su libertad, da una respuesta negativa, pues se cierra a la inspiración, se produce lo que Rielo denomina *egotización* del sujeto, esto es, “el acto del yo por el cual éste entra dentro de sí y refiere todo a sí mismo” (Rielo 2012, p. 56).

Nuestra interioridad se forma y configura en virtud de aquello a lo que libremente nos unimos. Si respondemos negativamente a su acción, experimentamos la mentira, la fealdad, el desamor, y la interioridad queda configurada por el egoísmo. Si por el contrario respondemos positivamente a la acción del Absoluto, experimentamos el bien, la verdad, la belleza y la unidad y nuestra interioridad queda configurada por el amor.

3.2. Hacia una educación de la interioridad

3.2.1. Educabilidad del ser humano

La base de la educabilidad del ser humano, se haya para Rielo en las tres leyes del espíritu (Rielo, 2025): trascendencia, inmanencia y perfectibilidad, que reflejan el estado de nuestra intimidad constitutiva y posibilitan la transformación de nuestro interior y de nuestro actuar.

-La ley de la inmanencia: posibilita la entrada del sujeto en sí mismo para asimilar la riqueza que recibe y para reflexionar sobre sus actos.

-Ley de la trascendencia: otorga la capacidad de salir de uno mismo, para comunicarse y comunicándose, unirse a los demás y a las más altas metas e ideales.

-Ley de la perfectibilidad: posibilita realizar todo con sentido de perfección.

Por el contrario, y en virtud de la ley de la trascendencia, el ser humano puede experimentar la fuerza extática, que conduce al descentramiento de sí mismo, pues se activa al vivir la generosidad del amor en favor del prójimo.

Fernando Rielo a través de la pedagogía del éxtasis expone y desarrolla cómo educar esta fuerza extática o lo que es lo mismo la capacidad unitiva, la capacidad de amar que caracteriza a nuestro espíritu.

Así, la educación en el éxtasis considera que a la persona su mayor potencial le viene del desarrollo de este patrimonio genético del espíritu, mencionado anteriormente, produciendo un auténtico crecimiento interior. Este patrimonio

comprende, además de las leyes del espíritu, receptores (creencia, expectativa y amor), atributos (bien, verdad, bondad, unidad) y virtudes.

Desplegar nuestro patrimonio genético supone entonces, vivir la creencia, la expectativa y el amor, en contra de la increencia, la desesperanza y el egoísmo, es decir, que nuestros actos reflejen verdad, bondad y belleza y que la virtud sea la vía para resolver los conflictos.

La pedagogía del éxtasis, tiene como objeto, en definitiva, potenciar nuestra capacidad de amar, de modo que nuestras facultades: inteligencia, voluntad y libertad, queden impregnadas con el amor. Se trata entonces de acompañar en la contemplación de lo verdadero, en lo sencillo y cotidiano, de ayudar a discernir y aprehender el bien y a elegir lo más auténtico, los más altos ideales, que favorezcan la donación de lo mejor de uno mismo a los demás (Lacilla, 2017).

La virtud para Fernando Rielo es la forma concreta de vivir el amor. De este modo la vivencia del éxtasis nos proyecta a un amor cada vez mayor, expresado en una variada gama de virtudes (humildad, sencillez, fidelidad, paciencia, castidad, nobleza...), en la medida en que se reducen las distintas manifestaciones del egoísmo.

El cultivo de la virtud comporta unidad e integración en la persona, y entraña una vivencia positiva de libertad, paz y felicidad, ya que el amor transforma, regenera y restaura el interior.

Este carácter transformante del éxtasis sensibiliza el espíritu y desarrolla en él un estado de asombro, generando en el ser humano una actitud de atención y apertura hacia la realidad circundante, hacia el prójimo y hacia la trascendencia.

Mientras que la tendencia egotizadora, a la que se unen todos los vicios, aísla y distancia, el amor, por su carácter potenciante, acogedor y dialogante, abre los sentidos, la inteligencia y el corazón posibilitando así una auténtica vivencia comunicadora, que busca el vínculo y la unidad, y que se expresa y manifiesta exteriormente en la mejor forma de trato hacia el prójimo (Sánchez-Gey, 2020).

El éxtasis es, por tanto, la raíz de la comunicación con el sujeto Absoluto y con los demás. Es una comunicación unitiva en la que, en la medida en la que nos abrimos y dirigimos hacia el Amor originario, este nos capacita para salir de nosotros mismos y de nuestro interés para darnos a los demás (Lacilla, 2015).

Según Rielo, la interioridad madura y cultivada se adquiere en tanto en cuanto permanecemos abiertos, sin oponer resistencia, a la inspiración del Absoluto que

actúa en nosotros, “cauterizando todo atisbo de deformación o degradación causada por la egotización y dejando la pupila del espíritu limpia; el oído, atento; la voz, dialogante; la mente, creativa; la voluntad, esperanzadora; la libertad, amante” (Rielo, 2025, p. 376).

3.2.2. Aportaciones a la educación de la interioridad

La pedagogía del éxtasis contribuye a la educación de la interioridad porque va a la raíz, a lo más hondo y esencial de la persona, a su intimidad, con el fin de perfeccionarla (Lacilla, 2017).

Lo más importante del acto educativo, en palabras de Riello, es tratar de dar forma a la fuerza extática del espíritu humano: “formar esta conciencia extática, capaz de amar, de contemplar, recrear, asimilar y convivir el mejor bien, verdad y hermosura posibles, es el eje de todo progreso y desarrollo en educación” (Rielo, 2025), de modo que así adquiramos un estado espiritual más sensible de nuestra conciencia.

La educación en el éxtasis nos permite dar respuesta a dos grandes preguntas que laten en el interior de todo ser humano: *¿quién soy yo?* y *¿qué estoy llamado a ser?* Esta respuesta se va desvelando, no mediante un ejercicio de introspección, sino a través de la relación vivencial con el Absoluto que lo constituye e inhabita puesto que el éxtasis es la raíz de la comunicación con Él. La educación en el éxtasis es una invitación a adentrarse en la propia interioridad personal y contemplar, en palabras de Riello, su paisaje interior. Así lo expresa nuestro autor en uno de sus poemas:

Amigo ¿has visitado tu alma?

¿Hecho turismo en ella? ¿Has visitado tu alma?

Te aseguro verás calles con ángeles

que animados pasean y alguna vez se les oye (Rielo, 1979, p. 67).

En primer lugar, posibilita reconocer leer y expresar, nuestros sentimientos, emociones y pasiones, denominadas por Riello *energías psíquicas*, y tomar conciencia de cómo repercuten en nuestra actividad consciente (percepción y comunicación), así como también de nuestras tendencias egóticas, instintivas y limitantes.

En segundo lugar, encauzar y ordenar las energías psíquicas y las tendencias egotizadoras, dándoles la unidad, dirección y sentido del amor.

El *método* para ordenar y educar la interioridad, es lo que Fernando Rielo denomina recogimiento, quietud y unión ascéticos, pues se requiere de un esfuerzo ascético por *ayunar* de todo aquello que no sea conforme al Amor que el Absoluto nos inspira (Rielo, 2012).

-Recogimiento: hace referencia a la mente, y consiste en guardar silencio, es decir, no *entrar en diálogo* con pensamientos negativos, obsesivos, maliciosos e inútiles.

El recogimiento posibilita llevar el pensamiento al límite, poner los sentimientos al servicio del pensamiento, y disponerse a pensar del modo más inteligente, buscando la verdad. Así, la educación en el éxtasis nos da visión, pues nos lleva más allá de la visión presente.

-Quietud ascética: su objeto es la voluntad, y persigue poner paz a los deseos, imaginaciones y afectos que desaniman y producen tristeza e insatisfacción. La quietud unifica la voluntad y permite perseguir el bien. Educar en el éxtasis es ayudar a discernir el bien aparente del verdadero bien y tomar así las mejores decisiones.

-Unión: para poner las pasiones al servicio de la libertad y dar a nuestras intenciones y tendencias la forma del amor, según la lógica evangélica, proyectando unidad.

En definitiva, el esfuerzo ascético por vivir el recogimiento, la quietud y la unión tiene por objeto guardar silencio a todo lo que no es el mayor amor, “hace callar lo que no es Dios para escuchar a Dios, vivirlo y sentirlo” (Rielo, 2012, p. 67). Su fruto es la experiencia mística, que para Rielo es la experiencia incrementativa de la unión con Él, y del amor, bien, belleza, paz y libertad interior que Él mismo nos ofrece.

De este modo la educación en el éxtasis favorece dar dirección y sentido trascendente no sólo a aquello que nos sucede dentro, sino también a todo nuestro actuar, con el ejercicio de una libertad formada por el amor. Así en cada elección se configura nuestro acto de ser, nuestra personalidad, nuestro carácter y nuestra interioridad (Lacilla, 2017).

La vivencia del éxtasis nos proporciona un estado de libertad interior, puesto que nos desenreda y desbloquea de todo lo limitante e instintivo y nos abre al amor.

Esto aporta a nuestra psicología un estado de equilibrio, serenidad, y dominio de sí, que repercute en nuestra salud integral y en nuestro actuar (Rielo, 2025).

En la medida en que se desarrolla una actitud extática en el educando se contribuye a su realización personal, pues esta “es proporcional a la capacidad y posibilidad de salir de sí para la entrega de una causa noble, y a más noble mayor realización personal” (Sánchez-Gey, 2017, p. 159).

La educación en el éxtasis posibilita la contemplación, el desarrollo de pensamientos y sentimientos positivos, genera entusiasmo, gozo, esperanza, capacidad de superación y afrontamiento de dificultades. Favorece el establecimiento de relaciones confiables y de trabajo en equipo.

En definitiva, mediante el éxtasis se haya la más honda realización en el pensar, en el amar, en el hacer, por ello su vivencia es fuente de felicidad.

4. CONVERGENCIAS ENTRE WOJTYLA Y FERNANDO RIELO

4.1. Interioridad, espacio de encuentro con Dios y realidad mística

Los dos autores nos ofrecen una visión del ser humano integral y unitaria del ser humano, con una interioridad abierta a la trascendencia, a Dios.

En esta antropología integral lo interior y exterior no se opone, sino que se complementa. La interioridad no es clausura en uno mismo, ni es evasión, sino que es apertura y relación.

La interioridad es encuentro y relación vivencial con Dios. A través de esta relación la persona descubre su identidad, su vocación al amor y el sentido de su existencia.

Así, la educación de la interioridad, para estos autores, tiene como eje el cultivo de la dimensión *trascendente y espiritual* del ser humano. Se trata por tanto de despertar y suscitar la experiencia y vivencia de Dios y guiarla, para ir ahondando en la relación de intimidad con Él.

La relación con el Absoluto, que nos permite experimentar la verdad, el bien, la belleza y el amor que Él mismo es, se traduce en un compromiso espiritual que revierte, positivamente, en la relación con los demás y con la sociedad.

Convergen también Wojtyła y Rielo en considerar que la inteligencia humana está orientada a la búsqueda y reconocimiento de la verdad, mientras que la

voluntad se dirige al bien. Así, cada libre elección, fruto de la relación entre verdad y bien, configura no sólo los actos de la persona, sino también su propia interioridad.

4.2. Centralidad del amor

Para los dos autores el amor es el eje central de la interioridad humana.

Rielo sostiene que estamos constituidos por un Sujeto Absoluto cuya esencia es el amor. Es el Amor el que inhabita y define a la persona. Además, es el impulso y la motivación de todo cuanto acontece en la vida y en la historia humana.

Wojtyła manifiesta también la primacía de un Sujeto y de un Amor absoluto, en el que se ha de fundar el amor humano. Si este no se funda en el Absoluto se pierde el sabor del verdadero Amor.

Si bien el amor divino precede y fundamenta la capacidad humana de amar, este ha de expresarse exteriormente mediante actos concretos. El amor implica siempre una salida de sí mismo: en Wojtyła, como movimiento de autodonación; en Rielo como experiencia extática. Aunque emplean categorías distintas, ambos coinciden en que el amor tiende a la entrega de sí y a la unión con el otro, generando comunión y comunidad.

También coinciden en el reconocimiento de dinamismos, que, aunque descritos desde categorías antropológicas distintas, pueden dificultar la plena donación personal. Ambos proponen su ordenación al bien y al amor. Rielo mediante el acto del espíritu, que confiere unidad y sentido, y Wojtyła, por su parte, mediante la integración de la persona en la acción.

Convergen, por tanto, en que el amor es la vocación fundamental del ser humano, y la educación para el amor clave para la educación de la interioridad, cuyo crecimiento y maduración se da mediante la vivencia de la virtud.

Coinciden en que el amor es la mayor y la síntesis de todas ellas, puesto que las contiene y las eleva. En el amor se centra toda la fuerza de la virtud, que tiene la capacidad de integrar las sensaciones somáticas y la emotividad y elevarlas al nivel de la persona, transformando la instintividad o tendencia desordenada en virtud.

Coinciden también en el modelo por excelencia del amor, que es Cristo, quien con el testimonio de su vida y vivencia extática, nos muestra la forma más pura de

vivir el amor. Es Cristo, en último término, quien modela nuestra unidad interior y nuestro salir hacia fuera.

4.3. Educación de la interioridad

La educabilidad de la persona se fundamenta en su dimensión espiritual. El ser humano tiene la capacidad de adentrarse en su interior, experimentar su yo y reflexionar sobre sus actos y experiencias. Wojtyła lo expresará mediante la función reflexiva de la conciencia, y Fernando Rielo a través de la ley del espíritu de la immanencia.

Además de ser sujeto de sí, la persona tiene la potestad de trascenderse, e ir más allá de sí misma, con un sentido de perfección. Wojtyła lo explica a través de la estructura dinámica de autoperfeccionamiento y Rielo mediante la ley de la perfectibilidad.

Los dos autores hacen referencia a la autorreferencialidad desordenada del sujeto, que genera desarmonía y debilita la capacidad de donación. Wojtyła emplea el concepto de instintividad, y Rielo de tendencia egótica, pero los dos aludirán a las tendencias disgregadoras que impiden el desarrollo del amor y por tanto también el desarrollo de la interioridad.

Coinciden también en el valor de la energía emotiva y sentimental, por ello no ha de ser negada, ni reprimida, sino más bien, ordenada y encauzada.

Manifiestan la necesidad de tomar conciencia de esta energía, y aprender a leer y expresar el mundo emotivo y sentimental, pues de otro modo se corre el peligro de que sea algo que simplemente suframos sin más, o peor aún que nos domine y nos encierre en nosotros mismos.

Se trata de experimentar vivencialmente estas energías psíquicas, en virtud de la dimensión espiritual del ser humano, y reconocer así de qué manera los sentimientos y emociones facilitan o dificultan el ejercicio y desarrollo de nuestra inteligencia, (con sus razones), de nuestra voluntad, (con sus deseos), y de nuestra capacidad de unirnos a los demás.

Educar las energías psíquicas y por tanto también la interioridad, requiere educar el acto del espíritu, para que se una y se nutra de la verdad, del bien, de la belleza y del amor.

En términos rielianos se hablará de dotar de *unidad, dirección y sentido* trascendente, a las energías psíquicas. Wojtyla empleará el concepto *integrar la persona en la acción*, pero la finalidad es común: redirigir y encauzar estas energías, confiriéndoles la dirección y el sentido del bien y del amor.

En definitiva, su objetivo es educar la fuerza extática del amor, para salir de sí mismo y donarse y unirse al otro, unificando el mundo sentimental y emotivo y modelando también la unidad interior de la persona.

Nuestros actos, libremente elegidos, nos modifican interiormente. Cuando la libertad está formada por el amor y al servicio del mismo, el ser humano se abraza a la virtud, y se abre al bien, la verdad y la belleza. El fruto será una interioridad unificada, armónica, serena, pacificada, transparente y madura.

Si por el contrario la libertad se halla al servicio del ego y de lo instintivo, el ser humano se encontrará sometido al vicio. El fruto será una interioridad fragmentada, oscurecida e inmadura.

5. CONCLUSIONES

Los dos autores, desde una visión del ser humano integral, conciben la interioridad como *espacio* de encuentro y relación con el Absoluto.

El ser humano tiene la capacidad de adentrarse en su interior y explorar este *espacio*, descubriendo en él y vivenciando al Absoluto, al Amor originario que lo precede e inhabita y que se revela y comunica con él.

Siendo la interioridad *espacio* de encuentro y relación con el Absoluto, es susceptible de ser educada, por la configuración de la intimidad constitutiva y mediante las estructuras que posibilitan la educabilidad del ser humano lo que implica despertar y suscitar la experiencia y vivencia de Dios, esto es del Bien, de la Verdad, de la Belleza y de la Unidad, en definitiva, educar la capacidad de amar.

En esencia los dos autores proponen metas profundamente convergentes: discernir, orientar e integrar las tendencias e impulsos que disgregan y fragmentan el interior de la persona, dándoles la forma del amor, a través de la vivencia de la virtud y de la búsqueda de las mejores formas de unidad.

En definitiva, educar la interioridad para estos autores supone:

Educar para el bien, para la felicidad, para la trascendencia, para la libertad, para el amor, para el desarrollo y realización personal al servicio de los demás y del bien común.

BIBLIOGRAFÍA

- Hermkes, R. (2025). More than gut feelings? A functional perspective on epistemic feelings in intuitive decision-making processes. *Cognition and Emotion*, 1-15.
- Juan Pablo II. (2010). *Hombre y mujer los creó. Catequesis sobre el amor humano*. Cristiandad.
- Lacilla, M. F. (2015). La libertad y su educación desde la perspectiva de Fernando Rielo. *Idente Foundation for Study and Research*, 209.
- Lacilla, M.F. (2017). *Fundamentos de la educación*. Universidad San Damaso.
- Martínez-Jurado, J. C. (2023). Karol Wojtyła y la revisión de la derrota de los valores espirituales. *Revista Guillermo de Ockham*, 21(1), 195-204.
- Panasiak, B. (2024). An Introduction to Acting "Together with Others" and Participation as the Basis for Community in the Thought of Karol Wojtyła. *Roczniki Kulturoznawcze*, 15(3), 117-134.
- Peralta, F. K. (2024). Self-fulfillment and work in the light of "the acting person" of Karol Wojtyła. *Divine Word International Journal of management and Humanities*, 3(3), 950-969.
- Posse, G. M. P. (2020). La autorrealización en el personalismo integral de Karol Wojtyła. *Krínein. Revista de Educación*, (18), 29-36.
- Rielo, F. (1979). *Paisaje desnudo*. Ornigraf.
- Rielo, F. (2012). *Concepción mística de la antropología*. Fundación Fernando Rielo.
- Rielo, F. (2025). *Consciencia, neurosis y terapia*. Fundación Fernando Rielo.
- Sánchez-Gey, J. (2017). Sicoética y antropología en Fernando Rielo. *Relectiones. Revista interdisciplinar de filosofía y humanidades.*, (4), 153-160.
- Sánchez-Gey, J. (2020). *Fernando Rielo. Una biografía intelectual*. Idea.
- Wojtyła, K. (1997). *Mi visión del hombre*. Palabra.
- Wojtyła, K. (1998). *El hombre y su destino*. Palabra.
- Wojtyła, K. (2017). *Persona y Acción*. Palabra.
- Wojtyła, K. (2021). *El taller del Orfebre*. BAC.
- Wojtyła, K. (2021). *Poesías*. Bac.
- Wojtyła, K. (2023). *Amor y responsabilidad*. Palabra.